



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 25 DE MAYO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La encabritada razón

ASTUCIA AVERGONZADA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Tenía veintidós años. Vivía en la Ciudad de México. Había ido a la librería Gandhi de Quevedo de paseo y tal vez compré un par de libros en oferta, de una colección en pasta dura, café: Grandes Obras del Pensamiento Contemporáneo, de editorial española: no se había vendido la antología de aquel lado del Atlántico y ahora estaban rematándola en México. Eran cien tomos y me faltaban pocos para completar la serie.

Me metí a una cafetería cercana para hojear mis compras. Leí también mis lecturas de siempre. Hacia el final de la tarde, pagué la cuenta, tomé mi mochila y caminé hacia el metro para regresar al departamento.

Llegando a la estación, noté a un grupo de personas alrededor de un hombre, frente a una mesita, donde jugaban al juego de la bolita: el individuo movía una bolita roja rápidamente, escondiéndola entre vasitos con la boca hacia abajo. El apostador debía adivinar dónde había quedado la bolita. Me llamé la atención ver a tanta gente reunida porque sabía que aquel juego era una tontería en el que el hombre de la bolita siempre hacía trampa y tenía a sus compinches alrededor, fingiendo que jugaban. Me conmovió pensar en tanta gente que posiblemente caería en la trampa.

El hombre gritaba con una energía descomunal. Su voz iba y venía meciéndose como las olas del mar arrebatado, en un espectáculo hipnotizante. Movía la bolita con una destreza impresionante, de un lado al otro entre los vasos y finalmente se detuvo debajo de uno. Me pareció que yo sabía dónde estaba la bolita, pero no iba a apostar. El hombre gritaba: “¿Dónde quedó la bolita?, ¿dónde quedó la bolita?”, y le dijo a alguien: “A ver, usted sabe dónde quedó la bolita; por mil pesos, dígame dónde quedó la bolita: saque usted mil pesos y póngalos sobre la mesa”. “No traigo el dinero”, le respondió el observador del juego. Entonces se dirigió hacia mí y me dijo: “A ver, muéstrele al caballero que usted sí trae los mil pesos que él no trae”.

Hipnotizado, saqué mi cartera y le mostré los mil pesos. Entonces se dirigió al hombre que no traía el dinero: “A ver, dígame dónde quedó la bolita”. El observador levantó un vaso y no apareció la bolita, y el hombre de la bolita me arrebató los mil pesos, como si yo hubiese sido quien había jugado, apostando. Le reclamé y le pedí mi dinero, repitiéndole que yo no estaba jugando. “¿Entonces, por qué sacó los mil pesos?”, me preguntó. “Porque usted me pidió que se los mostrara al señor”. “Por eso... usted apostó por él”.

Insistí, pero no hizo caso. Caminé cincuenta metros, a la esquina de Quevedo y Avenida Universidad, porque sabía que ahí había policías. Les expliqué la situación. Uno de los uniformados me acompañó. Se acercó con el hombre de la bolita y le dijo: “Ahí te buscan”. Estuvieron conversando un minuto y el policía regresó conmigo, diciéndome que yo había jugado al juego de la bolita. Me fui enfurecido. Caminé a Quevedo de regreso y paré un taxi. Abrí la puerta trasera y subí. Le expliqué al chofer que



iba a la Avenida Panamericana, en Pedregal de Carrasco.

Acaso pasaron dos minutos cuando recordé, súbitamente, que ya no traía dinero. La voz me temblaba. Le expliqué al taxista que me habían robado y no traía un quinto. Me disculpé. “Lo llevo, no se preocupe”, me dijo.

En el departamento, le marqué a mi Padre, a Monterrey, para explicarle lo sucedido. “No te muevas. Déjame hablar a la Secretaría de Seguridad Pública”. Al rato me marcó de regreso. Había conversado con el secretario y me consiguió una cita con uno de los directores generales. Debía estar más noche, en las oficinas centrales de la policía. Para cuando llegué, ya habían citado a los uniformados situados en la esquina donde había pedido auxilio. Los identifiqué tras una ventana con espejo. Excepto que no estaba el que había intentado auxiliarme y luego, se había negado a hacerlo. No acudí al llamado de la central.

Esperé en una oficina. El director fue a hablar con los agentes. Al rato regresó molesto, conmigo: “Que estabas jugando a la bolita”. “No señor, le respondí”, y le expliqué lo que había sucedido. Aquella supuesta apuesta había sido en contra de mi voluntad. “De acuerdo”, me dijo, “mira, el policía que no te ayudó, está citado para venir mañana a las siete de la mañana, aquí. Si vienes a esa hora a identificarlo, lo voy a suspender”.

Salí de las oficinas a las once de la noche, contrariado. Con un dilema que no sabía cómo resolver. Traté de causar el menor daño posible y no me presenté la mañana siguiente.

SUEÑOS QUE NUNCA MUEREN
OLGA DE LEÓN G.

*Mientras dormía siempre soñaba.
Jazmines sencillos en la ventana
cuya fragancia entraba en la
habitación.*

*Y el rocío de los sauces llorones
mojando tenuemente su cabello,
cual rutina veraniega
prisionera en una primavera*

negada a morir antes de tiempo.

*Era el adiós de una infancia
Y la bienvenida a la adolescencia.*

Quién -entonces- podría adivinar, o ni siquiera sospechar, lo que el futuro le deparaba. Extraños juegos del destino preparaban lo que aquella niña adolescente viviría, más temprano que tarde. Pasaron la primavera y el verano, llegó el otoño sin prestancia ni alboroto. Pronto el invierno sentaría sus bases jugando siempre a ganar: todas de todas.

Pasó un año más, y luego vinieron otros, sin que pareciera cambiar nada. Eran los personajes los que cambiaban y crecían, entrando en una juventud acelerada y al mismo tiempo algo predecible. Mas el otoño en ella se detuvo, así que el invierno se retrasó. ¿Cuánto tiempo?, indefinido...

Hasta el día en que la muerte se fue acercando y cerrando círculos cada vez más concéntricos, en torno de aquella niña que soñaba con despertar y aparecer en el foro del gran teatro de la vida, flotando en el viento sin que sus pies tocaran piso. Sola, en el centro, bailando un vals insonoro e invisible a los ojos de los demás.

*Dos ángeles cayeron del cielo
y fueron a la playa a nadar.*

*Nadie los vería nunca,
pero ellos allí estaban.
Esperaban la llegada de un
ser único e irrepetible
que hacía tiempo nadie veía vagar
justo como ella solía viajar:
de incógnito y en lo alto
de la oreja de un elefante azul.
Si, precisamente, la hormiguita colorada*

*La que amaba a todos
y todos la extrañaban a ella.*

*¡Vámonos al Edén!, exclamó
Vigorosa y animadamente.
No, hormiguita, que si al cielo nos
vamos,
será que nos hemos muerto*

*y yo no puedo morir aún:
mira que no he crecido y
no he vivido mi otoño
ni el invierno tan prometido.*

*El elefantito seguía en silencio
el monólogo de la hormiguita
y sus parlantes imaginarios.*

*Nació un nuevo día, en medio de la
Nada*

*Y la hormiguita empezó a llorar;
como nunca -antes- lo había hecho.*

*Lloraba y lloraba sin parar:
Cuando alguien vio sus lágrimas cor-
rer,*

*Preguntó de inmediato: ¿Qué
sucede?*

*¿Por qué lloras tanto, hormiguita?
No lo sé. No sé, ¿qué me sucede?*

*De pronto el cielo se nublo,
el negro cubrió a las nubes;
las que cada vez lucían más bajas
y más gordas que nunca.*

*Truenos y rayos pintaron el cielo:
El otoño llegó y la hormiguita se
asustó.*

*Sabía que el invierno venía detrás de
él.*

*La niña envejeció rápidamente:
Su cabello encaneció.*

*Su rostro se cubrió de surcos,
La mirada, otro día pizpireta,
casi se apagó. Y sus pasos
fueron torpes y lentos:
El invierno le cayó encima
y nadie le avisó que pronto
a Comala partiría.*

Junto a los suyos, al fin descansaría.

*La hormiguita intuyó el final
Y no queriendo dejarla sola
Bajó de la oreja del elefantito azul
Y a los pies de la niña se fue a
dormir.*

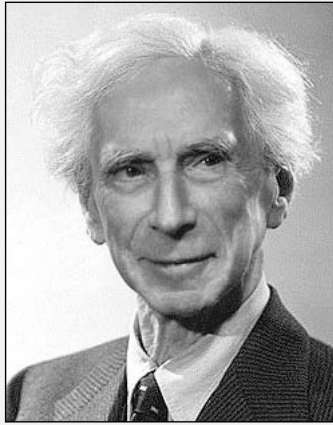
*Hormiguita mi amiga adorada:
Aún no es tu tiempo, vuelve al desier-
to*

*Y bajo la arena vete excavando
hasta que llegues con tus hermanas.
Yo me iré mi niña bien amada,
Si tú conmigo vienes también.
La niña que ya traía el invierno
con ella por fuera, dejó rodar
una última lágrima sobre su cara.
Eso fue suficiente bálsamo
para su juventud
guardada por siempre en el alma.*

*Nadie supo cómo ni cuándo,
la niña aquella volvió a la vida.
...y, la hormiguita alegre deambula
de pueblo en pueblo, contando a
todos
la leyenda increíble de la viejita
que se volvió niña con una lágrima
que dejó rodar un día de invierno.*

*Jazmines en la ventana perfuman
el plácido sueño de una niña
que no llegó jamás a vieja,
solo por siempre desear
hallar la paz del oasis perdido
cerca de la nada y antes del más allá.*

*Volvamos a los sueños,
nunca dejemos de soñar:
La vida sin sueños no es vida...
Solo una muerte con disfraz.*



Edward George
Bulwer-Lytton

(Londres, 1803 - Torquay, 1873) Escritor y político británico. De familia aristocrática, se educó en Cambridge, asumió muy pronto las actitudes y el talante de un dandy y emprendió una rápida y oportunistamente política en las filas conservadoras. A los veintiocho años ingresó en el Parlamento, donde se distinguió por su apasionado radicalismo y su elocuente oratoria.

Dentro de sus labores diplomáticas sobresalió el impulso que dio al tratado de paz entre España y Marruecos (1849). En 1866, nombrado barón Lytton de Ynebworth, pasó a formar parte de la Cámara de los Lores. Como ministro de Colonias creó la de Queensland (Australia) y la Columbia Británica (actual Canadá). Su hijo Robert, futuro conde de Lytton (1831-1891), fue también escritor y célebre estadista de su época.

A lo largo de su trayectoria su versatilidad como escritor, que le permitió abordar cualquier género literario y muchos aspectos del alma y las costumbres de su tiempo en más de cien tomos, contrasta con su rectitud de político y estadista. Lector apasionado, desde la infancia se distinguió en Cambridge en las composiciones poéticas. Fue un curioso viajero, y como tal vivió insólitas aventuras entre los bandidos y gitanos de Escocia que narró en dos novelas, Paul Clifford (1930) y Eugene Aram (1832), cuyos temas son la criminalidad y la injusticia social.

Edward Bulwer-Lytton intentó adaptar la novela histórica inaugurada por Walter Scott al gusto decorativista de su época, coronando sus tentativas con un auténtico y resonante éxito, Los últimos días de Pompeya (1837), traducido a multitud de lenguas. Cabe destacar también, en el grupo de las narraciones históricas, Rienzi (1835) y Harold, el último de los reyes sajones (1848). Incurrió asimismo en la novela realista con solidez y oficio (Los Caxtons, 1849, en tres volúmenes, se cuenta entre las mejores) y fue un excelente cuentista; algunos de sus relatos de fantasmas figuran en muchas antologías. Fue además un consumado escritor de obras dramáticas, y cultivó el género cómico con Money (1841), escrita en prosa y ambientada en su propia época.

ad pédem literae

Cuántas muertes más serán
necesarias para darnos cuenta
de que ya han sido demasiadas

Bob Dylan

Letras de
buen humor

"La risa es como una galleta. De
nada te sirve si no la tienes dentro"

Baldomero López

Elmer Mendoza

Silvia Molina y El tío Rafael o la huída del peregrino

Me gusta leer historias de familia. Es como si nos abrieran la puerta de una vida o de muchas vidas. En este caso, como si Silvia Molina nos estrechara las manos y nos ofreciera su sonrisa amistosa y comprensiva, porque lo que cuenta aquí es la historia de alguien que tuvo muy cerca de niña y que jamás salió de su memoria, y este libro, El tío Rafael o la huída del peregrino, publicada por Bonilla Artigas editores en México en 2024, es, además de una investigación, un ramillete de recuerdos atados por el cariño que le tiene al tío Rafael Sánchez de Ocaña, un hombre que vivió la España del fulgor cultural y de su caída en el fascismo, lo mismo que el México tan beneficiado por los refugiados españoles en tantos aspectos, que van de la academia a lo culinario, pasando por las artes, la industria y el periodismo.

Silvia Molina, que nació en la Ciudad de México en 1946, es una narradora que conoce y utiliza los recursos contemporáneos de la narrativa del mundo. Cuenta, crea espacios irrepetibles como los matizados por los sueños y el ruido. Las voces en el Ateneo en Madrid, los cafés

de París, los reclamos del padre de Rafael Sánchez de Ocaña, los mítines callejeros, las redacciones de los periódicos donde trabajó, la propia autora recitando romances para el tío que convertía el mundo en su sonrisa. La narradora es una niña cuando conoce a Rafael, casado con su tía Refugio, hermana de su madre. Le agrada el tío, los acertijos a que la somete, aunque más de una vez confiesa que el consentimiento es su hermano menor. Pero la niña no se arredra. Quizá percibe que su futuro de escritora requiere de esta presencia diferente en su familia. Desde luego que, cuando decide investigar para escribir esta novela, cuando lo cuenta, deja entrever que está pagando una deuda de las que no se pagan. ¿Qué hay alrededor de este personaje que lo vuelve tan interesante? La mejor opinión será la suya, sólo señalaré los nombres que la integrante de la Academia Mexicana de la Lengua y del Seminario de Cultura Mexicana comparte como importantes en la vida de este peregrino de principios de siglo XX.

José Ortega y Gasset, María Zambrano, Gregorio Marañón, Salvador



de Madariaga, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez, Clara Campoamor, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán, Antonio Machado, Enrique Diez-Canedo, León Felipe, Alfonso Reyes, Andrés Henestrosa. De Chagal, Modigliani, Man Ray y muchos, pero muchos más. Silvia nos retrata un personaje muy sociable con pertenencia a la clase que generaba la modernidad en su época. Pensaba como grande, "aunque se llegue a París por primera vez, no parece que se le descubre, sino que se le recuerda." Si usted no ha experimentado esto, tiene que volver y comprobar si Sánchez de Ocaña tenía razón; lo mismo cuando dice, "si la servilleta es pequeña, todo lo

demás será así." En alguna página encontrarán lo que piensa del pan. Ya veremos si están de acuerdo, y quizás puedan responder la pregunta, ¿hay libros en el infierno?"

También Silvia Molina comparte una serie de fotografías de diversas épocas con el tío Rafael rodeado de personas, algunas que no identificó. Hay llamas en nuestro país; antes de que arda por completo y nos movilizemos para apagarlo, les invito a leer El tío Rafael o la huída del peregrino. ¿A dónde huyó? Ya lo descubrirán y no podrán evitar una sonrisa. Si se animan a decir salud, seguro será con Rafael Sánchez de Ocaña y su entrópica vida. ¡Abrazos!